

SALAMANCA

Y SU PARADOR



PIEDRAS DE AZÚCAR DORADO

*“...Oro en sillares de soto
de las riberas del Tormes,
del viejo saber remoto
guardas recuerdos conformes...”*

Miguel de Unamuno

Cuna de la Historia. Escuela de místicos y vagabundos. Aula de saberes universales. Santuario de utopías. Nido de queres imposibles. Cátedra de santos y pícaros. Campamento de las artes y las letras. Teatro de guerras y otros calvarios... La envidia de todos los tiempos. Sitio que a Cervantes enhechiza la voluntad, jaula de oro de Unamuno. Ciudad de ciudades para Cela: *“Santiago y Salamanca. Lo demás son campamentos...”*

Hija de mitos y leyendas, muy bien pudo ser el propio Hércules su primer artífice cuando el semidios, allá por los principios de los tiempos, pudo edificar esta ciudad *“después de batir un monte para darle asiento”*. Campamento elegido por fenicios, según unos; retiro de héroes troyanos, que *“fue Teucro, el capitán griego que con sus compañeros da vida a la ciudad, tras arribar a las orillas del Tormes, después de la destrucción de Troya”*.

Asentamiento céltico en todo caso. Tribus de vacceos y vettones, luego dominada por los ejércitos de Aníbal, tal como unos dos siglos antes de que se empezaran a contar los nuestros. Aquellas tribus primitivas rendían culto a la encina, que por entonces tapizaba todos estos campos en los que pastaban cabras, cerdos y toros salvajes, que hasta hoy han llegado como universales símbolos charros. Desde muy al principio de nuestro calendario fueron estos campos del Romano Imperio, integrados en la Lusitania con capitalidad en aquella Emérita Augusta que hoy llamamos simplemente Mérida.

De aquellos entonces es el Puente. Fue mandado construir por el Emperador Trajano para comunicar Mérida con Zaragoza a través de la Vía de la Plata, arteria principal para el trasiego de ejércitos y mercancías; de ideas y costumbres. Fue, y puede continuar presumiendo de ello, una de las obras más notables y bellas de la arquitectura romana peninsular.

Tan luego como hubieron de irse las legiones tomó posesión de estos terrenos el famoso godo Walia y por aquí anduvo con dudosos afanes cristianizadores a cuestas, hasta que el intrépido Moro Muza decidiera lo contrario, cosa que sería muy a poco de nacer el siglo VIII. Hasta cuatro siglos permanecerían tierras y gentes partidas y repartidas entre moros y cristianos. Heroicas gestas reconquistadoras - Alfonso I, Ordoño I, Alfonso III, Ramiro II- airadamente impedidas por los Muza, los Mohamed y el invencible Almanzor que al fin cayó, bajo el signo de la cruz y de la espada del Rey Alfonso VI, recién estrenado el siglo XII.

Pero no serían estos tiempos perdidos. Salamanca iba perfilando su genio y su figura en medio del incensario medieval y otras telarañas de aquellos entonces espabiladas, de tanto en cuanto, por el oxígeno de la presencia infiel. Estas tierras de todos y ninguno -nunca del todo despobladas- supieron hospedar y sacar partido de los enemistados inquilinos. La ciudad fue, poco a poco, urbanizada. Se realizaron obras públicas y religiosas. Se acogieron a artistas y artesanos; a obre-

ros de las Ciencias y las Letras. Los campos de batalla no dejaron de ser pacíficos intercambios. Salamanca se hizo mercado y zoco. Aula y preescolar cátedra alternativa de moros y cristianos.

Con todo, la famosa despedida de los agarenos dejó tristes recuerdos en la ciudad que quedó *“muy maltrecha por la ferocidad de los crueles paganos”*, según dejó dicho Don Alfonso VI cuando logró adelantar raya estable y fronteriza en el Tajo de Toledo.

Encomendó la restauración a su yerno y conde Raimundo de Borgoña, casado con su belicosa hija doña Urraca. Y el conde buscó y trajo nuevos y extranjeros vecinos. *“Los había franceses que se situaron donde hoy está la Catedral; gallegos por los terrenos del poniente; serranos en el barrio que llevó su nombre; judíos en una judería propia que se formó donde las escuelas menores; aragoneses por Santo Tomé, y castellanos en las alturas de San Cristóbal”*. Y mozárabes y moriscos del otro lado de río. Cerca de la Puente. Salamanca empezaba a respirar aires europeos.

Ya en los principios del siglo XIII llegan otras gentes al amparo del clero y las Órdenes Militares. La ciudad ya es sede episcopal y las obras de la Catedral anuncian tiempos de gloria y poderío. Su foro propio y recién estrenado constata la existencia de treinta y tres parroquias que enseguida se alargarían hasta el medio centenar. La ciudadanía abrocha su perímetro con murallas de trece puertas no exentas de leyenda: cuentan que por la puerta árabe que abría camino a Villamayor -de cuyas canteras se siguen rebanando los sillares que hacen estas casas- se aparecía cada año por el día de San Juan una bellísima y joven princesa mora que hilaba algodones de oro en una rueca de marfil, en eterna espera de su amado... Por esos mismos años el Rey Alfonso IX -dicen malas y falaces lenguas que un tanto envidioso de su real primo Alfonso VIII, que había fundado las Escuelas de Palencia- tomó una decisión que consagraría la universalidad de Salamanca: La creación del Estudio General.

Entretanto, la epopeya de la Reconquista continúa, aunque por inciertos derroteros, frente al recalcitrante infiel y enconadas luchas de cristianos escasamente caritativos. Así lo recuerda un cronista del

pasado siglo: *“Salamanca, sin embargo, jugó un papel muy importante en las turbulencias que acompañaron a los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I, Enrique III, Juan II y Enrique IV, tomando parte activa en los negocios públicos. De muy antiguo gozó el derecho de estar representada en Cortes. En la propia ciudad se convocaron Cortes y Concilios. Y desde mediados del siglo XV Salamanca comenzó a celebrar la Feria Franca (que hoy se sigue convocando a mediados de septiembre) por la graciosa y real concesión de Enrique IX.”*



Estos longevos encinares que el viajero tiene hoy a la vista fueron testigos de las sucesivas penas y glorias que por estas calles transitaron. A veces recibiendo con honores y rindiendo la debida pleitesía a los monarcas reinantes. En ocasiones con beligerante rebeldía, como en la Guerra de los Comuneros, que hizo célebres, pero no inmortales, los nombres de los Maldonados, Guzmán, Zúñigas... y otros osados salmantinos que acabarían perdiendo vidas y haciendas en el destierro o, sencillamente, en el patíbulo.

Aun así Salamanca continuaría siendo el Púlpito del Gran Saber -en el siglo XVI, cincuenta y cuatro imprentas editaban obras que muy bien se vendían en las más de ochenta librerías que había- y templo del Arte, llegan-

do a tener treinta colegios, dos seminarios, quince monasterios, otros tantos conventos y diecinueve hospitales, además de las catedrales y las numerosas iglesias propias del culto cotidiano.

La Villa del Tormes *“llegó a brillar como el Sol que alumbra y da calor a todos con sus rayos”*. Pero el siglo XVII trajo la despoblación de la mano y la pureza racial de Felipe III: medio millar de familias moriscas y casi otras tantas portuguesas debieron abandonar la que hasta entonces fue su casa. La Guerra de la Independencia hizo de las suyas y la Civil de las otras.

Y hasta aquí y así ha quedado esta ciudad como el viajero puede hoy verla. No parece que poca cosa sea.

POR EL TORMES DE TODOS LOS TIEMPOS

El viajero ya lo sabe, o lo comprobará al punto de llegar, si por primera vez aquí viniera: No puede este Parador presumir de muros y estancias con soleras curtidas por el paso de los tiempos. Pero sí puede ufanarse, con holgura más que suficiente, de ser balcón de inigualable privilegio para admirar la mejor estampa del escaparate al que asoma Salamanca. Quiere alguna leyenda que a este mismo cerro, donde hoy se levanta el Parador, se empinara el cartagines Aníbal para mejor premeditar la conquista de la Helmántica.

Sí se sabe, y con orgullo se recuerda, que por estas aguas y estos lodos vino a nacer el muy meritorio abogado don Eleuterio Sánchez, el mismo que tantos años atrás, que siglos se antojan, fuera popularmente conocido como El Lute, causante de no pocos sinsabores en el cuerpo de la Civil Benemérita.

Bien hará el viajero si comienza su visita paseando sobre el río por La Puente, que así hay que llamar a esta gran obra que los romanos construyeron. Unos veinte siglos cuentan de edad los quince primeros arcos

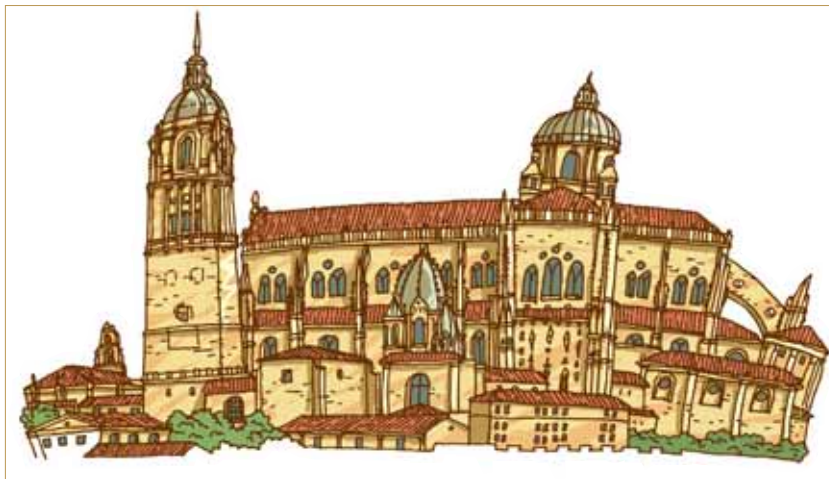
construidos por el Emperador Trajano. La otra mitad es hispana. Y, justo en medio, permanece a modo de ancestral bienvenida, el descabezado verraco ibérico llamado a despertar las mejores picardías del Lázaro de Tormes, guía infalible para caminantes confiados.

Ya desde el principio, junto a la muralla misma, Salamanca enseña mucho de lo mejor de sus entrañas. Aquí están, siamesas de piedra y alma, las catedrales. La vieja es joya -donde lo románico no quita lo bizantino- laboriosamente levantada durante los siglos XI y XII, aunque posteriormente rematada. Gestada y gestionada por el Conde Ramón de Borgoña el Repoblador y el Obispo Don Jerónimo, monje cluniacense, capellán y confesor nada menos que del Cid Campeador.

Fue modelo del arte que a la vista permanece, y baluarte de los poderíos de entonces; tanto que su cabildo ejerció señorío sobre varios pueblos de la diócesis de Salamanca y Zamora, de las que recibió vasallaje y los tributos de rigor. De su pila bautismal brotarían nombres tan ilustres, nobles y poderosos como el poeta Juan del Encina o el Rey Alfonso XI. Especial atención merece el retablo mayor de Nicolás

Florentino. La "Torre del Gallo", considerada como una de las mejores creaciones de aquel tiempo; o la Capilla de Talavera, que cuenta con bulas y plácemes para la celebración del rito mozárabe. El Patio Chico es una encantadora y singular simbiosis con más que salpicaduras que anuncian ya los tiempos góticos.

Muy pronto -apenas nacido el siglo XVI- hubo de ser levantada una nueva catedral, a la vista de que la vieja resultaba "muy pequeña, oscura y baxa". Dos siglos largos necesitaron los llamados "Mestres de Jometría" en acabar del todo la obra tan acariciada por el fervor y el favor del Rey Fernando, por esta y parecidas empresas, conocido como el Católico. Andando el tiempo, el edificio fue sucesivamente interpretado sobre las partituras de Gil de Hontañón, Churriguera y Sagarvinaga, además de otros artistas y legión de los mejores maestros canteros de la época. Ya por su cúpula coronada, conoció la catedral las iras del feroz terremoto de Lisboa en 1755, del que sólo notó un venial apercebimiento, sin duda por divina decisión. El edificio es gótico a pesar de que ya no era el estilo propio de sus tiempos. No pierda el viajero la ocasión de rodear el templo y contemplar la tal vez más excepcional sucesión de los cinco retablos que lo circundan con ciertas



Sus aulas dieron mucho y a muchos de aprender y de enseñar. Dieron a la luz nombres que fueron las lumbreras de sus tiempos: Nebrija, Alonso de Madrigal, "El Tostado"; Fray Luis de León, Melchor Cano, Francisco Vitoria, Beatriz Galindo... Y, ya casi hoy, Unamuno, padrino y patriarca de la ciudad. Poco antes de acabar sus días quiso y supo cuadrar los humos en pleno ardor de la Guerra Civil

al todopoderoso general y "novio de la Muerte" Millán Astray: "¡Venceréis, pero no convenceréis...!"

El neoclásico Palacio de Anaya, ahora Facultad de Filosofía, conduce enseguida por la rúa de los souvenirs y los libreros al faraónico templo de la Clerecía, capricho entre herreriano y barroco del Monarca Don Felipe III. Pero, para sosiego del espíritu, junto a él espera la Casa de las Conchas, muy singular muestra de arquitectura civil del siglo XV. La rejería es gótica y el patio es un embrujo con aires renacentistas.

Al lado mismo, San Martín, modesto pero soberbio templo románico, ya barrunta y abre paso, desde el rincón artesano y medieval del Corriño, a la Plaza Mayor. El recinto es celebrado por propios y extraños como la más bella plaza de todas las Españas y, tal vez, de muchas partes del mundo. Durante siglos fue mercado y zoco, coso de toros y campo de lidia de ideologías y bandidajes varios.

Es hoy recipiente barroco del XVIII, obra del maestro Alberto de Churriguera por decisión del Rey Felipe V, que quiso así premiar la fidelidad de los charros a su causa en la Guerra de la Sucesión.

De ella diría Unamuno que es uno de los conjuntos más armoniosos del mundo, "principal mentidero de la ciudad y su principal escuela de haraganería..." Pero también de ocio calculador y productivo. Cita de tratos y variopintos tratamientos, donde es costumbre de antaño que mozos y mozas se vean las caras y asomen intenciones paseando el cuadrilátero los unos en sentido contrario al de las otras en amoroso y ardiente rodeo. Pero es, sobre todo, centro de la casa salmantina: cuarto de estar para los propios y salón para el mejor recibimiento de forasteros.

Mucha lástima sería que el viajero, apesado en prisas siempre engañosas, se viera en la necesidad de dar aquí por cumplida su visita. Y aún sí



así fuera, estire brevemente su paseo por el Palacio de Monterrey, modelo y envidia renacentista, y la plateresca y legendaria Casa de las Muertes. Al lado espera la Plaza de los Bandos, escenario que fue de prolongados enfrentamientos entre nobles y crueles banderías salmantinas: Aquí permanece la casa donde María la Brava vengaría la muerte de sus hijos. Muros que dieron también privilegiada compañía a Felipe II en su noche de bodas con Doña María de Portugal, allá por 1543. Noche feliz según todos los indicios, porque, *“dadas las diez, levantóse el príncipe muy alegre, de lo que toda la corte lo estuvo”*.

Sólo un poco más arriba, justo en la que en la muralla fue la Puerta de Zamora está, casi agazapada, la pequeña Iglesia de San Marcos, de finales del siglo XII, uno de los muy escasos templos románicos circulares que se conocen en el mundo. Guarda tres valiosos frescos pintados directamente sobre la piedra de sus muros, sin que medie la base de mortero habitual.

No muy lejos se asoma el Colegio de Fonseca, muestra culminante de la elegancia plateresca, próxima y privilegiada sede del nuevo Parador de Turismo.

Ya en resignada y perezosa despedida iremos en busca de Colón - aunque algún afortunado traspíese nos hará topar con el románico de la Iglesia de San Julián y el renacentista, pero gótico, de la de Sancti Spiritus- que quiere recordar, desde su plaza, los numerosos ruegos, preguntas y otros peregrinajes que hubo que sufrir en busca de los salvoconductos y dineros para sus aventuras y desventuras.

Rodean y acompañan al descubridor singulares edificios que son,



síntesis de la ciudad: la Torre del Clavero, faro que resiste de la que fuera Casa Señorial de la Orden de Alcántara en pleno siglo XV. El Palacio de la Salina, recinto de sugestivas leyendas. Antiguo depósito de sal edificado por Gil de Hontañón a mitad del s. XVI, considerado como una de las maravillas del Renacimiento de ésta y otras ciudades.

El Palacio de las Dueñas nació mudéjar para ser luego el Convento de las Dominicas monjas de clausura. Y pese a sus sucesivas composturas, conserva muestras de arte y habilidades moriscas que quieren y pueden compararse a las filigranas granadinas. El claustro, ya renacentista, es joya de universal admiración.

Y, al fin, enfrente, San Esteban. Monasterio y púlpito de santidad donde los brazos y las ideas de los frailes dominicos alcanzarían los mejores tiempos del Descubrimiento. La fábrica es milagro en fachada plateresca y nervios góticos de los más cotizados maestros de su tiempo: Juan de Álava, Fray Martín de Santiago, Gil de Hontañón... Soberbio retablo barroco tupido por el maestro Churriguera que enmarca un enorme lienzo de Claudio Coello.

Más retablos, altares y sillerías y claustros que atesoran obras y llaman al recuerdo de nombres que hicieron la historia, las creencias, las ciencias y las esencias de sus tiempos: El Padre Vitoria, Melchor Cano, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa...Y Cristóbal Colón, cuyo claustro quiere revivir los ires y decires de los dominicos ante los Reyes Católicos para el feliz embarco y conquista de las Américas.

MURMULLOS DE CAMPANARIOS

1. **Puente Romano.**
2. **Catedral Nueva.**
3. **Catedral Vieja.**
4. **Universidad.**
5. **Escuelas Menores.**
6. **Clerecía.**
7. **Casa de las Conchas.**
8. **Palacio de Monterrey.**
9. **Casa de las Muertes.**
10. **Casa de Santa Teresa.**
11. **Plaza Mayor.**
12. **Palacio de la Salina.**
13. **Torre del Clavero.**
14. **Convento de las Dueñas.**
15. **Convento de San Esteban.**
16. **Casa-Museo de Unamuno.**
17. **Colegio Mayor Arzobispo Fonseca.**



EN LA MESA DEL POBRE, EL CERDO HACE VIRTUD

“...vino tienen sólo escaso y, si lo logran, pronto lo gastan haciendo banquetes con sus familias. En lugar de aceite utilizan manteca...”

Dijo verdad el geógrafo griego aunque omitió, ignorante, alimentos más sólidos, tal vez para no ofender aquellos refinados paladares. Productos “que mejores no los hay o no se encuentran en muchas leguas a la redonda” según garantizan estas gentes charras. Como las **Lentejas de Armuña** y los **Garbanzos de Pedrosillo**; las **“Duquesitas” del Tormes de Alba**, las **Tencas del Campo Charro**. Los **Embutidos de por Guijuelo** y el **Farinato de Ciudad Rodrigo**. Las **“Paciencias” de Ledesma**, los **Turrónes de la Peña**, los **Quesos de Las Arribes** o las **Perronillas** de cualquier sitio.

En tocante al alma de vivir, que así también se conoce la cervantina oficina del estómago, saben estas tierras distinguir tres umbrales bien diferenciados: “La necesidad, que es cuando el cuerpo lo exige; el hambre, cuando lo que se siente son ganas de comer y el apetito, que es querencia y gusto aunque falta no se tenga de alimento.”

Milagro sería que el viajero que aquí llegue pueda salir con el buche penitente y quejumbroso como aquel Lazarillo que paseaba sus hambres y necesidades por este Tormes.

Por el contrario, más fácil será que caiga en el pecado de la demasia que en la anémica virtud de la templanza.

Tómeselo el visitante con la medida debida: sin necesidad de trasponer los fogones de este Parador, tendrá bastantes más oportunidades de las que precise o apetezca para certificar el buen provecho de las mesas charras. Elabore con tiento su menú, que el tino es garantía de la casa. Valgan, como ejemplo, algunos platos siempre compuestos de una cumplida muestra de esta mantelería castellana que deja asomar su buen entendimiento con los guisos de paisajes vecinos.

Buen comienzo hará alguna legumbre de las propias, tal vez compartida en prudente reserva para posteriores menesteres: **Alubias de la Alberca**, con **Picadillos** o con **Pie de Cerdo**. **Lentejas**, más bien viudas si son de la tierra. **Patatas “meneás”** con algo de **Chorizo y Torreznos**. O un **Cocido** con todas las consecuencias. Pero, sobre

todo, la **Chanfaina** que es guiso simple -arroz, menudillos y algo más- de resultados milagrosos.

Excepción y sorpresa de temporada son algunas **Setas** y Niscalos o las **Trufas de Encina**.

Generosidades y caprichos del Tormes y arroyos y regatos: **Truchas**, **Tencas Fritas** o en **Pastel**; **Ancas de Rana**, tal vez en **Salsa Picante**. Y las codiciadas **“Duquesitas”**, diminutas delicias que son como los chanquetes que el Tormes cría a su paso por Alba.

Para antes o después y hasta entremedias, cualquiera de estos embutidos y otros alrededores del cerdo, que en mesa pobre siempre hace virtud. **Picadillo de Tejares** o **Chichas** antes de que sean chorizo. **Mollejas** o **Jeta**, el hocico de la bestia asado, y manjar divino.

O platos y guisos propios que componen capítulo de mayor envergadura. El **Calderillo a la Manera de Béjar**, con la **Ternera de la Sierra Guisada con Pimientos**.

Tostón Asado o **Cochifrito**.

Lechazo. **Rabo de los Toros**,

tal vez, del **Campo Charro**. O, simplemente, un **Entrecot** o **Solomillo** de estas novillas moruchas para las que los más entendidos han exigido la Denominación de Origen en evitación de tentaciones.

Cualquier **Ensalada** será agradecida compañía aunque estas carnes prefieren las más propias de su tierra: la **Maruja**, diminutas hojitas que regalan los arroyos de estos contornos.

No muchos pero sí sobresalientes **Quesos**. Como los de **Hinojosa** o los de las cabras que triscan las hierbas de **La Peña de Francia**. Postres y golosinas escapados de oraciones y cantos del convento. **Puding de Maimón**; **Suspiros de las Hermanitas**, con pan blanco, huevo, azúcar y algo de canela. Los **“Obispos”**, bizcochos fritos con miel de la Sierra. **Biscuit** de ese **turrón de La Alberca**, tan feo, tan exquisito. **Yemas con Obleas de las Ánimas Benditas...**

Y **Vinos** “sólo escasos”, como muy bien dejó advertido el sabio, pero tan excelentes que de haber probado los de **Las Arribes** y otros de las **Riberas del Duero**, a buen seguro que les habría hecho un buen lugar en sus crónicas.



PARADOR DE SALAMANCA

C/ Teso de la Feria, 2. 37008 Salamanca
Tel.: 923 19 20 82 - Fax: 923 19 20 87
e-mail: salamanca@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es
wap.parador.es/wap/